

10 Septiembre 1962

El ahogado

por

Joaquín CALVO-SOTELO

De la Real Academia Española

De pronto, se ve a la gente correr. Si bien se mira, la playa no invita a hacerlo. Algunos la pasean de norte a sur, con andadura de balneario o de alameda. Se detienen unos instantes, puntúan cualquier extremo de la discusión, subrayan la frase final del cuento inevitable o se inmovilizan, estupefactos, ante la venus de turno, pero pausadamente. En realidad, los jóvenes tampoco corren. En espacios acotados hay quienes juegan al baloncesto y quienes hacen gimnasia sueca y pedalean al vacío, tumbados, o inspiran y expiran "a tempo" el aire marino. De vez en cuando, muy de vez en cuando, dos adolescentes, cogidos de la mano, corren, sí, sin objetivo, por el solo placer de sentirse ágiles, ingravidos, chapoteando, con sus pies desnudos, sobre esa cenefa que no se sabe bien si es la arena o el agua quien la enseña. Pero se fatigan en seguida. Lo normal es guardar intactas las energías para el desafío de las olas, para la inmersión más allá de donde oscila, aburridamente, la barca de salvamento; para las hazañas submarinas, para el esquí náutico. Cuando la gente corre como hoy es porque sucede algo inusual. En ocasiones es que un pescador aficionado cogió un pulpo. Lo trae clavado en su lanza como una trenza gelatinosa, como un pendiente resbaladizo, y los chiquillos le rodean y saltan en torno suyo, con júbilo y aprensión. Los pulpos, sin embargo, abundan en esta costa mediterránea y va haciéndose raro que atraigan la curiosidad pública. Esta mañana, los veinte o treinta bañistas que corrían lo hacían —cierto— por razones de más fuste. Hasta de los taldos que ocupa el Senado, el Estado Mayor de las playas, donde los hombres de pro leen sus periódicos y las viejas señoras vigilan a sus nietos y los llaman a capítulo, descen-

dieron algunos de sus impasibles pobladores al borde del agua. Allí mismo se había formado un círculo que yo veía a distancia, sin saber todavía de qué se trataba. Lo supe pronto. Se oyó gritar: "¡Un médico, un médico!", y del bar en donde me refrescaba salió, con un sucinto atuendo, un hombre de unos cuarenta años, al que muy pronto abrieron paso, respetuosamente, quienes lo habían llamado.

Hoy, de una manera desconcertante, inexplicable, se ha ahogado un hombre, un pobre hombre que nadie sabe hasta ahora quién es, de dónde viene ni dónde vivía; un hombre del que se ignora cómo succumbió: si por abusar de su resistencia física o simplemente fulminado en el agua por el mismo mal que hubiera podido asaltarle en tierra. Me asomé, empujándome sobre el hombro de quienes estaban más próximos, con el temor de conocerlo; pero he descansado al comprobar que no lo había visto nunca antes. "Es un inglés, un inglés...", afirmaba alguien a mi alrededor, sin otros motivos para asegurarlo así que el color del pelo de la víctima, rubio, azafranado casi, y su delgadez, quizá su delgadez extrema. Pero nadie confirmó que lo fuese; quizá pasen días y semanas sin que se sepa, y tal vez —¿sería el primer caso?— no se cepa jamás.

Se lo han llevado muy pronto en una ambulancia que llegó por el paseo sembrando la alarma con su vocinglera campanita, y la Guardia Civil indagará por los hoteles, en las pensiones, allí dondequiera que se alquila una habitación para dormir, cuál fué el huésped que faltó, el que no vino, pasados ya los nocherniegos límites de la aventura y al que quedó esperando la cama hecha, el libro a medio leer con la señal marcada y la carta del país lejano llamada a volver a su punto de destino. Quizás el cabo termine extrañándose de que nadie acuda a retirar aquel coche de matrícula exótica, cuya estadia se prolonga desusadamente y en el que su propietario dejó un traje, unos zapatos, un multicolor sombrero de paja, y mañana o pasado telefonee un cónsul preguntando si se ha sabido algo de mister Smith, o de monsieur Dupont, o del signor Bianchi, por el que se interesan los padres, la novia, los hermanos... Son los cupones que cobra la muerte, su peaje al placer, al deporte, a la alegría. La muerte, sí, que ha ensanchado al infinito las vacaciones de ese pobre e ignorado nadador del que todos se alejan desentendiéndose y que va a Terminus, la estación final y sin fronteras.

El grupo se disuelve. Cada uno retorna a su quehacer acostumbrado. Una de las diferencias entre el mar y la tierra es que sobre el mar nadie ha podido grabar nunca la señal de la cruz. Las mismas olas que empujaron el cadáver a la playa son asaltadas ahora, victoriosamente, por otros bañistas intrépidos. Algunos de

los que presenciaron el terrible drama repiten todavía: "¡Qué horror, Dios mío, qué horror!" Pero en eso queda el duelo. Se afirma que la muerte del ahogado, aparte de su instantaneidad, es indolora, pero la posmuerte es más triste que ninguna. El mar se ensaña con los ahogados, les roba la nobleza del rostro—ningún rostro de ahogado tiene placidez ni serenidad—, mutila las líneas del cuerpo, deja que se claven en él las mordeduras de los peces y lo arroja después, despreciativamente, como a un despojo inútil contra las rocas. El ahogado inspira más miedo que ningún otro muerto, porque es un muerto en accidente, sin sangre que lo explique, y porque la inmovilidad que es el sello indudable de la muerte, se le niega como si no la mereciese. El mar se mofa, fingiendo otorgársela, pero es volubre, y tan pronto lo abandona sobre la arena como lo recoge y se lo lleva hacia dentro sin tregua.

Este será noticia de los periódicos de la noche. Una breve noticia. El titular, muy simple, a una sola columna, cuatro líneas. Y se acabó. En los taldos ya no se habla de él, y eso que apenas

transcurrieron quince minutos desde que lo encontraron. Bueno, exagero. Su aparición ha ido encadenando los comentarios, y realmente, si se cuenta ese chiste tan gracioso que todos ustedes saben sobre la respiración artificial es porque el ahogado lo suscitó. "Pues yo sé otro...", recuerda no sé quién. Y lo refiere sin ahorrar a las señoras la palabrota final, que les asusta y regocija a partes iguales.

Pobre ahogado... De su ejemplo nos serviremos hoy para amonestar a nuestros hijos y encomendarles mesura. "Ya veis: por cometer imprudencias..." Mañana, o cuando sea, nos pasaremos las noticias. "Resultó ser un inglés, en efecto, o un francés, o un italiano..." Vagas informaciones sobre su personalidad. Vagos reproches, igualmente, al Mediterráneo. "Para que uno se fie..." Y las moralejas acostumbradas: "Seguramente era un buen nadador..."

Quizás a algún espíritu enfermo se le aparezca en sueños, pero es poco probable. Quizás en su patria, próxima o lejana, provoque lágrimas incontables, largos lutos. Aquí, la verdad, el infeliz ha dado poco que hablar.